

# LA REPUBLICA.

PERIÓDICO SEMANAL.

REPÚBLICA DEL SALVADOR.

AMÉRICA-CENTRAL.

AÑO I

SAN SALVADOR, DICIEMBRE 28 DE 1882.

NUM. 9

Algo de lo mucho que hay que decir sobre la instrucción pública en el Salvador.

Creemos que no es del caso dejar pasar inadvertida una materia tan importante como es la instrucción pública, y por lo mismo nos tomamos la libertad de hacer algunas consideraciones sobre ella, apuntando á vuela pluma todo aquello que nos parezca oportuno y conveniente.

A primera vista, notamos que la mayor parte de los que han dado en llamarse maestros de escuela, podrían figurar muy bien entre los discípulos poco aprovechados de un establecimiento de primera enseñanza; de manera que están buenos para que se les instruya, comenzando por enseñarles á leer y á escribir, pero no para ser puestos al frente de un número más ó menos considerable de niños con el objeto de encaminarlos por el sendero que conduce al perfeccionamiento intelectual.

Decimos esto apoyados en el conocimiento que tenemos de aquellos institutores, dignos de todo nombre que no sea este recomendable calificativo.

Tanto valdría, por lo mismo, sustituir esos pedagogos por ciegos, porque ¿quién que no tenga idea de la luz podrá explicar lo que se entiende por ese agente tan necesario para la vida? No puede ser profesor de gramática el que no sabe conjugar bien un verbo, ni maestro de aritmética el que apenas ha aprendido de memoria la tabla de multiplicar y que, á buen seguro, no resolvería la cuestión más fácil de la multiplicación de los números enteros, como no fuera precisamente aquella que se encuentra

en el libro que le sirvió para ir á clase, si de vez en cuando fué, ó que tiene sobre la mesa como mero adorno.

Lo que conviene, pues, para remediar el grave mal que se causa con esto á la naciente inteligencia de los niños, es que se piense, pero que se piense con seriedad, en la fundación de una Escuela Normal de maestros, en toda forma, como ~~el caso lo~~ demanda, y creemos que el señor Ministro del ramo está en la imprescindible obligación de dar los pasos conducentes á este fin, guiándose por el patriotismo y buen criterio que deben suponerse en la persona que preside la instrucción pública de un pueblo que desea progresar en todos sentidos y que resueltamente se encamina con ese importante objeto.

Esta no será una gran idea ni un pensamiento nuevo; pero es una gran verdad demostrada á cada paso por hechos prácticos, y no habrá quien no esté conforme con ella, si es que se considera la educación popular como la fuente de la mayor felicidad á que puede aspirar una nación republicana.

Desde luego, nos parece excusado decir que los maestros que salgan de una Escuela Normal que reuna las condiciones necesarias, cambiarán radicalmente el modo de ser de nuestros establecimientos de primera enseñanza, y entonces, en vez de que aquellas sean, como sucede ahora por lo general, reuniones de muchachos sucios que, en voz alta y con desentonado acéto, leen ó más bien dicho, hacen que leen, sus textos, tendremos conjuntos de niños recomendables por su com-

postura y que á la palabra de su director, caminarán con paso firme y seguro á conquistar los bienes que el hombre reporta de la educación é instrucción bien dirigidas.

Sentimos mucho que al ocuparnos de nuestras escuelas nos hayamos visto obligados á expresar conceptos tan desfavorables para ellas, y mucha más pesadumbre nos causa el que aquellos cargos se refieran, sobre todo, á los que dirigen y á los que están nombrados para inspeccionar sus tareas y remediar en el acto cuantas faltas noten en aquellas.

A propósito de esto último y como ~~prueba~~ más en nuestro abono, nos ocurre preguntar qué ha hecho y qué hace, por ejemplo, el señor Director de Instrucción primaria de la República, pues va para algunos años que tiene á su cargo ese importante empleo, y durante ese tiempo, ni el público ha sabido que haya hecho algo importante, ni han ganado cosa alguna los institutos encargados á su vigilancia, como puede verlo cualquiera que lo desee y vea el estado en que se encuentran, ya no las escuelas de las poblaciones alejadas de la capital, sinó también las que están dentro del radio de la misma y que no debían escaparse al ojo vigilante del empleado aludido.

Tiempo es ya de que veamos las cosas seriamente, penetrándonos de la importancia de los cargos que podrá hacernos la generación que se levanta, si no atendemos á su educación de la manera que cumple á un pueblo civilizado que mira circunspectamente sus destinos.

Alejémonos de las escuelas y

pasemos por un punto á los colegios, á esos planes donde se perfeccionan los conocimientos adquiridos en aquellas y se enseñan las materias necesarias para que un hombre pueda llamarse instruido, disponiéndola inteligencia para los estudios profesionales. Es, pues, importantísimo un colegio, y nunca se dirá bastante en elogio suyo si tiene todas las cualidades apetecibles, es decir, si en él no se descuidan ni los menores detalles, porque en un colegio nada superfluo habrá en punto á lo que se relaciona con su buen régimen, por insignificante que sean los pormenores al primer golpe de vista.

Con esta idea preconcebida, no nos causa la mejor impresión entrar en uno de nuestros institutos de enseñanza superior, puesto que poco ó nada encontramos en ellos que sea digno de estar en el lugar en que se da la comunión de las ideas á la juventud escogida para el caso. En efecto, nadie tendrá por conveniente que el local se mantenga poco aseado, que los jóvenes educandos estén mal peinados y mal vestidos, que ignoren hasta la manera de sentarse á la mesa y, en fin, hasta las más triviales reglas de la urbanidad, y no conozcan ó no quieran conocer los miramientos que se deben á nuestros semejantes según las circunstancias de cada uno.

Esto en cuanto á lo relativo á la parte que corresponde á la buena crianza, pues si vamos á examinar detenidamente el estado de sus estudios, poquísimos son los jóvenes que se distinguen por su aplicación y aprovechamiento, y por su número bien merecen ser contados como la excepción de una regla general terrible que hace poquísimos favor á los colegios que existen entre nosotros.

Creemos que á esto contribuye mucho el hecho de que algunos directores de colegio, tal vez no teniendo vocación para el efecto y desconociendo la importancia de su cargo, toman como un negocio cualquiera una institución tan santa como la que

más, puesto que decide del porvenir de la juventud, que, al pasar de la época de los sueños á la de las realidades, tiene que tomar participación en los asuntos de más vital importancia para la nación.

Tal proceder es lamentable en grado sumo, y prueba muy poco patriotismo de parte de los que no saben sus deberes ó no quieren saberlos, y bien haría la autoridad competente que se los hiciera comprender de un modo claro y preciso.

Que los dueños de colegio se dediquen exclusivamente á las labores de su incumbencia; que algunos de ellos dejen de inmiscuirse en asuntos que, como la política y varios otros, son incompatibles con el buen desempeño de su elevado destino; que por parte de las autoridades competentes se cuide del orden y demás condiciones que deben tener los establecimientos de educación; de lo contrario, probaremos más juicio destruyendo los malos que hoy existan, que dejándolos abandonados y que sean como son, de una utilidad no reconocida y hasta nocivos á la juventud estudiosa.

Por todo lo que hemos dicho á propósito de la mayor parte de nuestros colegios y por muchas otras razones que callamos porque están á la vista de todos, consideramos como un rasgo de cultura y patriotismo la resolución tomada por el Sr. Presidente de la República al ceder para un colegio nacional el edificio que el Supremo Gobierno ha mandado levantar al Norte de la Universidad con el objeto de que sirviera de residencia al primer magistrado de la nación. En vista de este recomendable proceder, á nadie podrá ocultarse el deseo que anima al Jefe del Ejecutivo por el progreso de la instrucción nacional, deseo que siempre ha demostrado y que bien merece imitarse por todos y en especial por parte de los empleados puestos al frente de ella, que deben ser dignos colaboradores suyos en la patriótica empresa de regenerar al país por medio de la

cación moral é intelectual. de esperarse, por lo mismo, cuando se establezca ese nuevo instituto de enseñanza, se piense en madurez en dotarlo de todo lo necesario para el buen desempeño de su destino, y que tendremos en él una obra reclamada imperiosamente por nuestro estado de adelantamiento y que probará que no permanecemos extraños á las necesidades espirituales de la juventud estudiosa.

Hacemos votos por que el señor Ministro del ramo se ocupe un poco más de la Instrucción pública; nosotros creemos que se halla animado de los mejores sentimientos de patriotismo y que, por consiguiente, hará cuanto esté á su alcance por corresponder á las esperanzas y justos deseos de sus conciudadanos.

## A ULTIMA HORA.

[Artículo adoptado por "La República."]

### Triunfo de la Cruz sobre la Masonería.

#### ¡Horroroso acontecimiento!

Todos conocen, á lo menos de nombre, la francmasonería. Su proselitismo, siempre activo, aunque circunspecto, no obra ya en la sombra, sino que hace acto de la vida pública: escribe libros y periódicos, funda más y más logias, recluta gente, levanta bandera y no há mucho que un francmasón señalaba en una lógia *la rápida invasión del mundo por la doctrina masónica*. Mas, á la francmasonería, ¿quién la dirige? Satanás en persona. Y aunque esto se habia ya probado con documentos irrefragables, no deja de dar una comprobación palmaria esos estandartes de los *círculos anti-clericales*, esas banderas negras con efigie del Diablo, comparecidas, ahora poco, en Génova con motivo de las fiestas para el monumento de Mazzini, vamos á evidenciarlo relatando el siguiente suceso histórico, que no deja lugar á duda puesto que de él dió fé el Sr. Vicario, Prest.º Dr Luis Vechiotti.

Predicando en la iglesia catedral el referido Sr. Vicario se sintió impulsado á instruir á los fieles acerca de la virtud de la Cruz, signo de nuestra redención.

Al salir de la catedral se le acercó el Dr. D. Rafael Reyes, y le dijo:

—Señor Vechiotti ¿cree U. en lo que acaba de predicar?

A esto respondió el ministro de Dios:

—Si yo no lo creyera, no lo hubiera predicado; yo no enseño lo que yo no creo. La virtud de la señal de la Cruz es reconocida por la iglesia y es para mí muy cierta.

— Cree U. verdaderamente repús interlocutor. . . . Pues yo soy francón y no creo, continuó. Lo que ha enseñado me ha sorprendido profundamente, y le propongo que someta á la señal de la Cruz. . . . Nosotros reunimos por lo menos dos veces la semana en el salón del Teatro, bajo la presidencia de Satanás. Venga U. conmigo esta noche; nos detendremos en el dintel de la sala, U. hará la señal de la Cruz sobre la asamblea, y veremos si sale verdadera la doctrina predicada por U.

—Creo en la virtud de la señal de la Cruz, repuso el Sr. Vechiotti, más no me es lícito poner á prueba mi fé sin haberlo antes maduramente pensado. Concédame U. un plazo de tres días para deliberar.

—Cuando U. quiera poner á prueba su fé estoy á sus órdenes,—replicó el Dr. Reyes.

El Vicario se fué incontinenti á ver al Obispo Sr. Cárcamo y le consultó si debía aceptar el desafío en nombre de la Cruz. El obispo reunió algunos teólogos, entre los cuales se contaba el Padre Funes, y con ellos discutió largamente el pró y el contra de la pregunta que se le hizo. Finalmente, fueron de común acuerdo que el Sr. Vechiotti debía aceptar el reto.

—Vaya U., hijo mio, le dijo entonces el Sr. Cárcamo al predicador; con U. va mi bendición, Dios le ayude.

Cuarenta y ocho horas le quedaban al Sr. Vicario capitular, y las pasó en oración y ejercicios de penitencia, encomendándose también á las oraciones de los compañeros y amigos; y al anochecer del día señalado fué á llamar á la puerta del Dr. Reyes, el cual ya le estaba esperando.

Nada podía revelar el carácter sacerdotal del Vicario, pues iba disfrazado con hábitos seculares, llevando oculta en el pecho una gran cruz.

Parten ambos, y no tardan en llegar al Teatro.

Páranse á la puerta, y allí esperan. Poco á poco la sala se iba llenando, y ya casi no quedaba asiento vacío, cuando se hace visible el demonio.

—Mírele Ud., aquel es, dijo el introductor al Padre.

El cual al momento sacó de su pecho el santo crucifijo, lo levantó con ambas manos y formó con él la señal de la Cruz sobre la concurrencia.

El resultado fué apagarse súbitamente las velas, las sillas caerse estrepitosamente revueltas las unas con las otras y desplomarse una gran parte del edificio y apelar los concurrentes á una precipitada fuga.

También se retiraron el Dr. Reyes y el Padre Vechiotti, y cuando se hallaban lejos del lugar de la escena, el adepto de Satanás, que no sabia darse cuenta de como pudieron escapar de las tinieblas y de la horrible confusión, se echó á los piés del sacerdote diciendo muy contrito:

—Creo, creo; ruegue por mí, confesión, por Dios, confesión!!

Hemos visto algunos de los estragos ocasionados por Satanás en aquella noche memorable, como puede verlo el público en la gran parte del edificio que está en el suelo.

Sabemos que entre las personas que han recibido lesiones notables, se encuentran el Dr. Juan Padilla, que al saltar por una de las ventanas que dan al Parque, se fracturó la pierna derecha; don Agustín Choto que se ha roto los cuatro dientes anteriores; el señor Niebecker que, al desplomarse el marco de una puerta, recibió una herida profunda en el occipucio; el señor coronel Monedero que se dislocó la mano izquierda y se rompió un dedo; el señor Leon Dreyfus que cayó contra los balaustres de un balcón y se rompió la mandíbula inferior; el licenciado Antonio J. Castro que sufrió una contusión en la nariz y el mismo Dr. Reyes, que á consecuencia de haber rodado escalera abajo, en unión del señor Vechiotti, está actualmente en cama y se cree que será difícil que sane de la grande inflamación que le ha ocasionado la caída.

Debemos hacer constar que, en medio de esa horrorosa confusión; de las espesas tinieblas y del fuerte olor de azufre, quedó en pié y serenamente el General Mora, quien por lo mismo no ha sufrido contusión ninguna. Se conoce que este señor está acostumbrado á olores de esa clase, y que tiene algunas relaciones secretas con Satanás.

Al relatar este acontecimiento notable, debemos decir que no es ninguna pegata como tal vez lo creerá el público, por ser hoy el día de Inocencia.

## REVISTA DE LA PRENSA.

*La Linterna.*—No trae en su último número ningún artículo de fondo, cuyo resumen pudiéramos presentar en esta Revista con los consiguientes comentarios de nuestra parte. Pero ya que no nos es dado hacerlo respecto de los editoriales, como lo prometimos al comenzar nuestras tareas periodísticas, no vendrá á mal que lo hagamos ahora, como en otras ocasiones, en referencia al artículo de colaboración que aparece en el primer lugar de "*La Linterna*" con el título de *monopolio de la verdad* y bajo el pseudónimo de *Filolés*. El autor, batiendo al "*Católico*", dice que la verdad no puede ser el patrimonio exclusivo de ningún hombre, ni de ninguna corporación, y hay tal evidencia en esta afirmación, que no necesitamos hacer grandes razonamientos, ni buscar el apoyo de grandes autoridades para convencernos de esta verdad al primer golpe de vista. De esta premisa saca él una consecuencia, que resplandece con la misma claridad; la Iglesia Católica no

puede ser más que ella se empeñe proclamarse depositaria de la verdad por la revelación que la pone fuera del alcance del criterio racional. También el escritor de quien hablamos, hace notar uno de los errores mas grandes en que caen constantemente los católicos, y es el de figurarse á Dios á su imagen y semejanza, atribuyéndole las mismas pasiones y flaquezas humanas. Con frecuencia les oímos decir: *La venganza divina, la ira de Dios, la cólera del cielo, Dios detesta esto, Dios aborrece lo otro*,—sin advertir que ese lenguaje impío es el lenguaje del paganismo, que divinizó á los hombres y humanizó á los dioses.

*"El Católico"*.—Después de su editorial sobre la *Navidad*, en el que propónese probar la divinidad de Jesucristo por el hecho de celebrarse todos los años, en los pueblos que profesan la religión católica, el nacimiento de Jesús con fiestas y regocijos públicos, ocupa casi todo el resto de sus columnas con un "estudio sobre la francmasonería" por el señor Dupanloup, y en su "*sección de variedades*" combate enérgicamente el discurso que pronunció el doctor don Rafael Reyes con motivo del bautismo masónico verificado hace poco en esta capital.

*La Discusión.*—No contiene ningún editorial, pero en su lugar se encuentra un artículo de colaboración, en que el autor se dirige á "*El Católico*" en defensa del discurso masónico del doctor Reyes, para lo cual hace notar primeramente que el periódico clerical, no es en realidad católico, tomada esta palabra en el sentido de *universal*, puesto que él habla en favor de "una pequeña parcialidad del género humano", de una secta religiosa que se halla, muy lejos del camino trazado por Jesucristo. Entra en seguida en la cuestión del bautismo masónico, impugnando las afirmaciones con que "*El Católico*" combate al doctor Reyes, y entre las razones que para el efecto aduce el colaborador de "*La Discusión*," se encuentra la de que los católicos son los que han plagiado el bautismo de otras religiones antiguas, y no la francmasonería, que se vale de esta ceremonia "no porque pertenece á una religión determinada, sino porque se invoca la protección de Dios en favor de un niño á quien una sociedad compuesta de hombres bien intencionados se propone favorecer." — Hacemos este ligero resumen sin nin-

gún comentario; sobre la cuestión religiosa que principalmente preocupa a la prensa entre nosotros, lo cual está demostrando que el partido clerical tiene aquí grandes proporciones, pero que en cambio el racionalismo también avanza como un rayo de luz sobre el espíritu de la generación que se levanta.

## VARIEDADES.

### El tren de los suicidas.

No había en los Estados-Unidos hombre más frío ni taciturno que Jorge Swan, maquinista del tren 504 de la *Atlantic and Pacific Railroad Company*. Ni bebía ni fumaba, ni hablaba nunca con sus compañeros, y los momentos libres de servicios los consagraba todos a su mujer y a su hijo. Así es que cuando en cuatro días la epidemia le arrebató a entrambos, no vaciló un segundo en tomar la resolución de suicidarse. Este era el procedimiento más sencillo. La cosa quedó inflexiblemente resuelta en su ánimo; pero como el inmenso dolor que sentía le había trastornado algo el cerebro, creyó que no debía suicidarse como todo el mundo.

Cuatro días después del entierro, Swan subió a su locomotora cual si nada hubiese ocurrido. Solo se observó que leía con asiduidad febril los periódicos hacia frecuentes visitas en Omaha, en la ciudad que vivía, y en sus alrededores. Nadie se ocupó en averiguar el misterio de estas visitas. Si le hubiesen seguido no habrían tardado en saber que Swan visitaba especialmente a las personas que, según los periódicos, acababan de sufrir alguna gran desgracia. ¡Contaban los periódicos la ruina de una persona ó su desesperación por alguna inesperada y profunda desgracia! Swan corría a presentarse a aquella persona, principiaba por contar su triste historia, hacía consideraciones sobre la nada de la vida, y si veía propicio el terreno, explicaba clara y llanamente el objeto de su visita.

Había decidido suicidarse, y quería reunir en torno suyo a todos los desesperados en la comarca. Todos se citarian un día dado en la estación de Omaha, donde los aguardaría un tren especial, fletados por ellos bajo cualquier pretexto.

En el camino, a 50 leguas del punto de partida, Swan se comprometió a echar el tren con todo su contenido en un bonito precipicio que conocía mucho y sobre el cual pasaba la vía por un puente que saltaría con la mayor facilidad.

El fogonero, amigo leal, se encargaría de volar el puente en tiempo oportuno. De esta manera—decía Swan todos moriremos juntos y de muerte original, digna de verdaderos americanos.

En los Estados-Unidos, las ideas de esta clase encuentran siempre entusiasmas.

En seis semanas, Swan había reunido

cuarenta y tantos partidarios. Buscó otros tantos por recomendación, y todos le entregaron, mediante el recibo, una cuota de cincuenta duros para los gastos del tren y del *buffet* que en él se instalaría. Algunos tuvieron que hacer esfuerzos desesperados para reunir los apetecidos cincuenta duros.

Quedó acordado que el viaje se emprendería el primer sábado del mes. Todos acudieron puntuales a la convocatoria, menos uno que había heredado a última hora y envió una carta excusándose.

Nadie sospechaba nada en la estación ni en la ciudad, todo el mundo creía que era alguna partida de campo.

Swan lo había arreglado todo de la manera más alegre y confortable.

En el tren había naipes, periódicos, toda clase de bebidas y *champagne* en profusión: en una palabra, todo lo preciso para hacer el salto lo más divertido posible.

Swan vigilaba el embarque con el aire satisfecho de un autor que ve aplaudir su obra.

Dada la orden de salida, subió a la locomotora, y después de decir al jefe de estación que recogería al fogonero en el camino, partió el tren, haciendo resonar estrepitosamente las planchas de hierro giratorias, y enviando al cielo su altivo y negro penacho de humo.

Mientras el tren volaba con rapidez de 70 millas por hora, cada cual se arregló de la mejor manera para pasar el tiempo agradablemente.

Salieron a relucir las mantas, las zapatillas y las pipas. Los curiosos se pusieron a leer los periódicos, mirándose unos a otros de soslayo; una lady vieja emprendió un dibujo de *crochet*, hasta los especuladores hicieron de las suyas: un comerciante compró a alto precio a un literato muy discreto, amigo suyo, una canción que éste acababa de componer.

Poco a poco fueron haciéndose las presentaciones, y cuando el tren subía por entre grandes peñascos las pendientes de Martory Hill, todo el mundo se conocía.

Y la verdad es que en este extraño tren había una bonita colección de desesperados. Swan tuvo una buena mano. Una docena de honrados comerciantes arruinados por la fatalidad; uno de ellos, venerable *gentleman* de patillas blancas, no había hecho bancarrota más que catorce veces en un año.

Luego había 10 ó 12 maridos engañados que habían tenido que divorciarse de sus mujeres. Algún viudo en igual caso que Swan. Siete u ocho ladies que habían sufrido penas de amor. Por último, cuatro inventores desgraciados. Todos de la mejor sociedad.

Entabladas las conversaciones, cada cual contó a su novel amigo, sus tristezas, y mientras el tren traspasaba alegremente montes, valles y ríos, se almorzó. Naturalmente ocurrieron las consideraciones más filosóficas en este banquete *in extremis*.

A los postres, se habían formado pequeños grupos, según las mútuas simpa-

Los viudos se acercaban a las bellas consoladas, y algunos divorciados, para pasar el tiempo, se pusieron a jugar cartas con los banqueros quebrados. En el *champagne*, la expedición se hizo muy alegre. El tiempo también contribuía a las ideas de color de rosa, o obstante la gravedad de la situación. No había ni una nube en el cielo. La vía estaba bordeada en ambos lados por una frondosísima vegetación, y el tren pasaba por los países más pintorescos y accidentados de los Estados-Unidos. Así es que cuando por medio de una luz eléctrica, de antemano convenida, Swan anunció a sus viajeros que el "accidente" ocurriría antes de un cuarto de hora, el anuncio impresionó desagradablemente a casi todos los viajeros.

Ya habían principiado, por lo menos, diez novelas de amor, y de seguro que no habrían tardado en principiar otras.

Por un acaso extraordinario, los arruinados habían ganado a los divorciados algunos centenares de miles de pesos, lo cual les sacaba a flote, y les habría permitido, si viviesen, dar nuevo impulso a sus negocios.

La vieja del *crochet*, que deseaba la muerte porque nadie había comprendido todavía su alma, había visto a un procurador retirado lanzarla lánguidas miradas.

¡Drilin... Drilin... Drilin!... El timbre eléctrico volvió a sonar. El tren se encontraba a una milla del precipicio. Triunfó el amor propio. Los viajeros doblaron las mantas, y todos de pie se pusieron a cantar el *Yankee Doodle*.

Un grito interrumpió el canto.

—¡By God! ¡Hemos pasado el precipicio!—exclamaba un viajero que conocía el camino.

En aquel mismo instante se escuchó una detonación. Era Swan, que viendo que su fogonero se había emborrachado, y faltaba a la consigna, y no hacía volar el puente, se saltaba la tapa de los sesos.

Aun a riesgo de que el carácter americano sufra grave desprestigio en el ánimo de nuestros lectores, debemos declarar que la mayor parte de los viajeros, ante aquella solución inesperada, no pudieron reprimir un grito de entusiasmo.

La lady del *crochet* se arrojó en brazos del procurador, y en todos los rincones se estrechaban tiernamente viudos y abandonadas. Los que habían ganado al juego, contaban, con gozo inefable sus billetes, mientras que los que habían perdido se prometían conquistar de nuevo la fortuna, lo cual de paso les haría olvidar sus penas.

Hasta los cuatro inventores estaban satisfechos: los cuatro habían tenido a la vez, y en lo íntimo de su imaginación, la idea grandiosa de vender por un precio al *New York Herald* la narración de aquel viaje extraordinario.

Terminaremos diciendo que el tren tuvo la cortesía de detenerse delante de una estación donde nuestros viajeros encontraron un buen *restaurant* para reparar sus fuerzas, y frondosos árboles, a cuya sombra enterraron el cadáver de Jorge Swan.

[“La Opinión Nacional” de Caracas.]

## PRESUPUESTO DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

El informe que el comisionado de los Estados-Unidos, M. Eaton, acaba de publicar sobre la educación en este país, es una obra magistralmente escrita y condensada; en la cual los filósofos y estadistas de todas las naciones hallarán amplia materia para sus reflexiones y sus estudios. Tales informes se publican todos los años, tirándose un gran número de ejemplares en la imprenta del Gobierno, y cuidándose por él y por los miembros del congreso, de que se repartan en toda la extensión de la república. El informe de 1879 contenía 757 páginas de pequeño texto, y el de 1880 — que M. Eaton acaba de entregar á la publicidad — tiene 914, después de un largo trabajo hecho bajo su dirección por sus colegas de la Oficina Nacional de Educación.

Esta oficina, además de la compilación de esos informes anuales, hace también otros muchos trabajos útiles. Los documentos que publica y envía periódicamente á los maestros de escuela y á los profesores de enseñanza, no son de los que se arrojan al canasto; porque ayudan realmente á los maestros en sus tareas. Y no tan solo les son de una práctica utilidad, sino que les dan un apoyo moral—por decirlo así—que es de gran valor; estos documentos les muestran que si sus esfuerzos no son talvez apreciados en el círculo donde trabajan, lo son por la nación; y que el maestro es un miembro de ese vasto ejército de trabajadores con que cuenta el país para su propia conservación. Pocos años hace que funciona la Oficina Nacional de educación; pero ya ha dado sus frutos.

Con frecuencia hemos hablado de la estadística de la educación, á medida que se publicaban sus datos. Hoy examinaremos más especialmente el lado económico de la cuestión. El presupuesto de 1880, fué para todos los Estados y Territorios, de \$83.940,239, y los gastos llegaron á \$80.032,838; siendo de estos, \$55.158,289 para los maestros y profesores solamente. Las rentas provienen de contribuciones de Estado y municipales y—sobretudo—de las tierras públicas que el gobierno federal concede á los Estados para que se vendan y se destine su valor á los gastos de las escuelas. Así es que, desde 1785 al 30 de junio de 1880, el gobierno ha cedido á los Estados para los fondos de las escuelas públicas, 78.659,439 acres de tierra—el acre equivale á 41 varas. En 244 ciudades de mas de 7,500 habitantes, la población escolar sube á 2.661,408 niños; de los cuales, en un término medio solo concurren regularmente á la escuela 1.105,763: el gasto es de mas de 25 millones de pesos. La ciudad de Nueva York está á la cabeza de esta lista con 385,000 niños; frecuentando solamente 270,176 de ellos, las 127 escuelas de la ciudad; con un gasto medio en números redondos, de \$3.400,000. En los diferentes Estados de la Unión existen 220 escuelas normales; 162 colegios comer-

ciales; 232 *Kindergartens*; 227 colegios donde se admiten señoritas; 83 escuelas científicas; 142 escuelas teológicas, y 120 colegios y escuelas de medicina. El término medio más alto de niños que concurren á la escuela, corresponde á Massachusetts, y el mas bajo á la Luisiana. El número de maestros empleados en las escuelas públicas, era en 1880, de 282,644; cuyos salarios suben, en término medio, á 25 pesos mensuales en la Carolina del Sur, y á \$101 en Nevada; y para las mujeres, á 17 pesos en Vermont, y á \$77 en Nevada. Añadamos á estas cifras las que corresponden á las escuelas privadas, y se formará una idea del inmenso desarrollo de la instrucción en los Estados-Unidos. Así, el número de alumnos en las escuelas particulares de veintinueve Estados, subía en 1880, á 561,290;—á 6,921 en cuatro Territorios, y el número total de maestros en treinta y ocho Estados, era de 280,034. Necesitaríamos un espacio considerable para resumir todos los pormenores importantes contenidos en el informe de M. Eaton; y el asunto podría fatigar aun á los lectores de LA CORRESPONDENCIA AMERICANA, habituados, sin embargo, á no ocuparse sino de graves y elevadas cuestiones. Detenemos, pues, nuestro resumen, esperando haberlo hecho bastante completo para dar una idea de lo que es la instrucción pública en los Estados-Unidos, é inspirar, sobretudo, en las otras naciones de Europa y de América, el deseo de imitar la República americana en los esfuerzos y en los sacrificios pecuniarios que hace para la instrucción de sus ciudadanos.

### Recuerdos de Alfredo de Musset.

En los curiosos é interesantes recuerdos de Alfredo de Musset, que Arsenio Houssaye está publicando en *Le Figaro*, el distinguido escritor cuenta con la brillantez y el encanto que le son propios, como fué comisionado por la emperatriz Eugenia para cumplir un encargo cerca del autor de *Rolla*.

Se trataba de llevar á Alfredo de Musset á las Tullerías, y de obtener de él una comedia en la cual desempeñara un papel la emperatriz.

“Me era muy fácil—dice Houssaye—esperar al poeta en el teatro ó en el café de la Regencia; pero quise hacer las cosas en toda regla. Al día siguiente de recibida la comisión, muy de mañana mandé enganchar dos caballos á mi berlina con objeto de meter mucho ruido en la calle de Ramfort, donde Musset vivía, y que estaba á la hora de mi visita tranquila y silenciosa. Llegué á la casa del poeta, llamé y él mismo me abrió la puerta.

—¿Qué es eso, vais á casaros?—me dijo al verme con frac y corbata blanca.

—No; vengo comisionado por una emperatriz á la casa de un gran poeta.

Alfredo de Musset se mostró muy sorprendido de esta comedia; me abrazó, y cuando le enteré de que la emperatriz

quería

biera

—¿Muy sencillo, algo así como *El Barbero de Sevilla* ó *Las Bodas de Fígaro*.

Ya sabeis que María Antonieta representó en Versalles y en Trianon los papeles de Rosina y de Susana.

Alfredo de Musset fijó sus ojos en la puerta de entrada, y dijo:

—¿Entonces habreis traído á Mr. de Beaumarchais?

Derepente, cambiando de tono, me preguntó cuál seria el precio de una obra semejante.

Yo tenia carta blanca. Sabido es que en la corte de la emperatriz se pagaba con prodigalidad todo; pero Alfredo de Musset no era hombre que se fiara de promesas: desde que empezó á dudar de sí mismo, dudaba de todo; así es que se puso á revolver sus papeles viejos.

—Después de todo—me dijo, —aquí hay una comedia que ni se ha representado ni se representará: hay en ella dos bonitos papeles de mujer. Se titula *Como usted quiera*.

—Bonito título!

—Sí, pero solo es bueno para Shakespeare. Será preciso que la comedia se titule *El asno y el arroyo*, porque la idea es esa: un enamorado que no se atreve á pasar el Rubicón

—Pues bien, poned por título á vuestra comedia *El Rubicon*. Este es un título que agrada siempre á los emperadores.

—No,—dijo Alfredo de Musset frunciendo el ceño;—se llamará *El asno y el arroyo*. Las realzas del mundo no me harán cambiar el título.

Yo lo conocía demasiado bien para contradecirle.

—¿Cuántos actos?

—Uno sólo.

Esto era muy poco, aun dando de barato que la comedia fuera tan linda como la *Puerta abierta ó cerrada*. En las Tullerías, donde nada se ponía en duda, se habia hablado de una verdadera comedia; pero como Alfredo de Musset no podia improvisar cinco actos, le pregunté si podria dividir el acto único en tres.

—¿Por qué?

—Porque si os habian de pagar 10.000 francos por cinco actos, no os darán esa cantidad por un acto solamente.

—¿Cómo ha de ser! Qué vayan á buscar á Mr. Scribe, que les escribirá una comedia en diez actos.

Nada más difícil que discutir pacíficamente con Alfredo de Musset. Así es que le prometí todo lo que quise: 1º Recibiría 5.000 francos en napoleones á toda teja. 2º Si se decidía á dividir su pieza en tres actos, la emperatriz podria elevar á una cantidad mayor los derechos del autor. 3º La comedia representada en las Tullerías seria en seguida representada en el Teatro Francés,

Alfredo de Musset puso manos á la obra. Al día siguiente me preguntó si en la casa de la Moneda se estaban ya acuñando sus napoleones.

No hacia cinco mos juntos y ya lor. Hablábam que pudiéramos en... no... se ha- bia enviado al diablo, yo le había envia- do más allá... y la causa de todo ello era que le había dicho que dentro de al- gunos días debería leer su comedia á la emperatriz. Le anuncié que solo asis- tirian á la lectura amigos suyos; el em- perador, Nienwerkerke, Persigny, Bac- ciochi y tal vez Morny y Fleury.

Todos estos nombres en *i* y en *y* le ha- bían irritado.

—Ni, ni; esto se ha concluido, voy á quemar mi comedia.

Dió con rabia una patada en el suelo y se marchó.

Le dejé partir y le escribí la siguiente carta:

“Amigo mio: No comprendo por qué teneis inconveniente en leer delante de una mujer que os admira, cuando consentís en hacerlo ante un comité de actores que en su mayor parte se engañan, no juzgándoos sino por vuestras altas fantasías.”

Este documento diplomático fué á buscar á Alfredo de Musset al café de la Regencia, y le encontró cuando ya su cólera había desaparecido, obteniendo, escrita á lápiz, la siguiente respuesta: *Leeré mañana.*

Para probarme que no guardaba rencor había escrito: *todo vuestro.*

Corrí al café, pero ya se había ido, sin duda con el propósito de dar fin á la comedia.

Al día siguiente llegó al teatro á casa de las dos con el manuscrito en la mano.

—Ya veis, me dijo alegremente,—parezco un poeta famélico del tiempo de Luis XIII, que vá á leer su tragedia á casa del cardenal.

—No,—le contesté,—más bien os pare- ceis á un príncipe encantador que va á leer un cuento de hadas á la *bella dor- mida en el bosque.*

Le miré: estaba elegante y correcto como un *gentleman*; guantes gris perla, corbata artísticamente anudada, frac á la francesa, sin un pliegue, barba escultu- ral y ni un sólo cabello emancipado. Olvidábame ya de las botas perfectamen- te ajustadas á su pié de mujer.

Una vez en el carruaje comenzó á re- petir en todos los tonos la canción de la víspira, y á demostrar lo ridículo que era leer obras en sociedad, siquiera esta so- ciedad fuere de emperatrices.

—El asunto,—me dijo de golpe,—es de la incumbencia de los chambelanes. Voy á pedir á Nienwerkerke, que tiene tanto ingenio como yo, que lea mi come- dia.

—Y la leerá muy bien, querido ami- go; sólo que tal vez os encargue que abrais una puerta secreta con su llave de chambelán.

—Mejor que mejor; sobre todo si me envía al cuarto de alguna princesa amiga suya.

El conde Basciochi bajó á recibir á Alfredo de Musset á la meseta de la es- calera; así lo había ordenado la empe-

estába- on ca- o para atención, quiso emprender la fuga.

—¿Qué es eso?—le pregunté, y le hi- ce subir mal de su grado.

Ya en el salón de la emperatriz, el poeta se transformó en otro hombre: irguió la cabeza, avanzó gallardamente y dirigió su saludo á la soberana con la más perfecta cortesía.

La emperatriz se volvió hácia Napo- león:

—¿Qué había dicho Marinés?

—Que Mr. de Musset—contestó el em- perador en voz baja—se hallaba degra- dado por la orgía.

—Así escribe él la historia.

Después de haber preludiado con el castañeteo de dientes que le era habitual, Alfredo de Musset abrió el manuscrito y leyó muy de prisa las primeras escenas. Interrumpióse bien pronto al observar cierta inquietud en el auditorio. Era que acaba de entrar en el salón, sin anun- cio previo, el barón James de Rothschild, el cual, oyendo los lisonjeros murmullos producidos por su llegada, extendía el brazo como para apaciguar las olas.

—¿Qué es eso?—preguntó Alfredo de Musset—incorporándose de un salto.

—Una majestad—le dije;—¿no habeis reconocido al barón Rothschild?

El se volvió entonces hácia la empe- ratriz.

—En este caso, no prosigo la lectura.

La situación se hacia dramática. Mr. de Rothschild, que se había apoyado en la chimenea, dijo alzando la voz:

—Mr. Alfredo de Musset, podeis con- tinuar.

El poeta creyó que Mr. de Rothschild le hablaba con aire de protección.

—Es que no ha pagado su asiento,— dijo.—¿Con qué derecho ha de escuchar mi comedia?

Y dobló el manuscrito.

—Y esto ¿que os importa?—le dije yo, en tanto que la emperatriz se levanta- ba para tranquilizarle.

Pero á la manera de un gentil-hombre que ha sacado su espada, Musset no quiso envainarla nuevamente.

Señora,—dijo,—sois tan graciosa como bella. Yo no he tenido reparo alguno en leer ante vuestra majestad, pero nin- gún poder humano me obligará á leer delante de Mr. Rothschild.

El emperador comprendió que nada podía desarmar á Alfredo de Musset. Se levantó á su vez y dirigióse á Mr. de Rothschild que tampoco queria ceder ante las exigencias del poeta.

—Siento mucho haber producido un entreacto,—dijo el barón,—pero Mr. Al- fredo de Musset se equivoca al creer que yo me he de aburrir con la lectura de su obra: al contrario; ayer mismo, sin ir más lejos, he visto una suya que me ha gos- tado mucho, y que se titula, *Es preciso que una puerta esté abierta ó cerrada.*

El emperador sonrió.

—Eso es; es preciso que una puerta esté abierta ó cerrada.

El barón comprendió la indirecta; pe- ro no era hombre que se dejase ganar la partida.

Si yo no temiera—dijo en alta voz,— osero con Mr. Alfredo de Musset, peraría la conclusión de su lectu- ra que me contentaría con aplau- dir el teatro francés.

—¿Y cuando se representa esa obra?— Jamás—le contesté.

—¿Cómo jamás?

—La comedia ha sido escrita con des- tino al teatro de las Tullerías. Monseñor Millón creyó ver en esto su desquite.

—¿Ah! tanto mejor,—dijo,—así no habrá que pagar la entrada.

Faltó muy poco para que se celebrara con risas la contestación del barón; pero éste tuvo la mala ocurrencia de pregun- tar cuál era el título de la pieza.

—*El asno y el arroyo*,—contestó con ironía Alfredo de Musset.

—¿Ah! lo sé,—dijo el barón,—un asno que no pasa el Rubicón. Es un sabio.

Y Mr. Rothschild, después de hacer una profunda reverencia, se retiró.

La emperatriz dijo á Alfredo de Mus- set:

—Ya veis, Mr. de Musset, que aquí todo el mundo os obedece y que voz pre- tais ingenio á todo el mundo.

El poeta volvió á abrir su manus- crito.

El entusiasmo de los oyentes interrumpió diferentes veces su lectura. Cuando terminó Alfredo de Musset, preguntó si la comedia sería admitida.

—Por unanimidad,—contestó la empe- ratriz.

—

Cuando salimos de las Tullerías, me dijo Musset:

—Acabo de leer una comedia, pero yo me pregunto si no era una comedia tam- bién la que representaban todas las per- sonas que estaban á mi alrededor. Yo me hago la ilusión de que hemos salido de un teatro.

—El teatro del mundo.

—No, es un verdadero teatro. Yo mi- raba á la Emperatriz al mismo tiempo que leía mi comedia. Dicen que es espa- ñola, ¿no lo creais! Por sus cabellos, por sus ojos y por sus labios es austriaca como María Luisa y María Antonieta. Es encantadora pero está desempeñando un papel fatal. Hoy todo es muy bello pero no daría cinco céntimos por el últi- mo acto de esa comedia.

—¿Daríais esa cantidad por el último acto de Mr. Rothschild?

—Sí; porque tratándose de su Ma- jestad el Dinero, dos y dos son cuatro y algunas veces cinco.

## ENTRE LINEAS.

## ANÉCDOTAS.

—Joven, sus visitas me recue-  
historia de cierto periódico famos  
el tío H. . . . al caballero G  
que estaba enamorado de la gr  
brina Angélica.

—Por qué? preguntó Guille

—Porque comenzaron seman  
después subieron á tres veces por sema-  
na, y ahora son diarias, con un suple-  
mento los domingos.

En el Hotel Grande de Peñillí, dijo el  
doctor Palacios:

—Mozo, sírvame usted faltas de orto-  
grafia.

—Señor, no hay, contesta el mozo  
asombrado.

—Entonces, ¿por qué las pone usted  
en la lista?

En ausencia del gobernador Paredes,  
tuvo el señor Mendiola que encargarse  
de distribuir los premios de exámenes de  
la escuela de San José. Estaba éste  
sordo como una tapia, y vaciló mucho  
antes de decidirse á cumplir aquel deber;  
su secretario privado señor Suriano lo  
alentó, diciéndole:

—Usted saldrá bien del paso; todo lo  
que tiene que hacer es decir con cariño  
á cada alumno que le presenten: "Bien,  
mi amiguito, continúe usted así."

Y en efecto, durante la ceremonia to-  
do anduvo perfectamente; nuestro hom-  
bre cumplía con escrupulosidad la re-  
comendación de su amigo.

Casi al terminar el acto, el maestro  
hizo subir á una silla á un mocetón de  
diez y siete años, de mirada viva y tra-  
viesa.

—Señor, dijo al sordo señor Mendiola,  
aquí tiene usted al discípulo de más edad,  
y al mismo tiempo el más revoltoso de la  
escuela. Se lo traigo para que lo repre-  
nda severamente; figúrese usted que ahora  
mismo acabo de sorprenderlo queriendo  
abrazar á mi cocinera.

El Inspector de Instrucción Pública,  
que, por supuesto, no ha comprendido  
ni una palabra, se figura que se trata de  
un educando de mérito excepcional, y se  
levanta, lo abraza con efusión, hasta lo  
besa, y le dice con emoción:

—Bien, mi amiguito: continúe usted así!

En la cárcel de La-Libertad.

El alcaide del preso que hirió á don  
Leonidas Orozco:

—Aquí, muchacho, hay que trabajar,  
¿quieres ser carpintero, herrero, zapate-  
ro? . . .

—El preso.—No, señor, marinero. . . .

El doctor Alvarez y el estudiante  
señor Peña Martel tenían que practicar  
una operación delicadísima.

El primero, manejando el escalpelo  
con infinita destreza, dijo al oído de su  
discípulo:

—Ya está hecha. . .

—¿Cómo! ¿hecha ya! exclamó el otro;  
déjeme darle siquiera una cuchillada.

¿No ve que no ha sufrido, y que por lo  
tanto no nos pagarán bien?

En el Hotel Alemán, un mozo derrama  
sobre la levita de uno de los clientes una  
taza de caldo. Como éste se incomodara,  
el mozo le dijo con la mayor calma:

—No importa, son las once y media,  
y pasando las once eso ya no mancha!  
Qué tal será el caldo!

Un sugeto se acercó á otro en la calle,  
diciéndole cortesmente:

—¿Hace usted el favor de decirme qué  
hora es?

A lo que el otro le contestó con mal  
modo:

—La hora en que hablan los importu-  
nos.

El interpelante contestó sin descon-  
certarse:

—Le daré á usted las gracias cuando  
suene la hora en que hablan las perso-  
nas de educación.

Un labrador muy pobre fué á pedir un  
destino de cartero al señor O. Watjen,  
interventor de correos.

—Pero, hombre; ¿no tiene U. tierras  
para vivir? le dijo el señor Watjen.

—Sí, señor; pero son las tierras mas  
estériles de mi pueblo, y mi mujer, la  
mas fértil del Salvador.

Encargaronle al Padre Reyes que pre-  
dicase en la fiesta de Nuestra Señora de  
la Concepción.

Llegó el día: subió al púlpito, y vien-  
do que estaba desamparada la Iglesia,  
pues no tenía mas de tres ó cuatro per-  
sonas, dijo:

—Señores, usódoos donen que yo  
me baje, porque traía estudiado un ser-  
món de la Concepción y no el de la So-  
ledad.

Una mujer enferma envió á llamar á  
cierto doctor de esta capital, y después  
que la hubo visitado, le ofreció una ga-  
llina. En saliendo el médico de allí, la  
pidió á la criada y se la llevó.

Después que se levantó la mujer de  
aquella dolencia, contó sus gallinas, y  
preguntando por la que le faltaba, como  
le dijese que la había llevado el médi-  
co, santiguóse diciendo:

—¿Válgame Dio! infinitas veces que  
se me perdió esta gallina, la oí al diablo  
y nunca la tomé; una vez que la pro-  
metí al médico me he quedado sin ella.

## POESIAS.

## LA AURORA.

Ya brilla seductora

La peregrina aurora,  
Derramando su luz de mil colores,  
Por la ancha azul esfera;  
Abren su cáliz las pintadas flores,  
Y en la amena pradera  
Su ganado apacientan los pastores.

Todo es luz y armonía:

Trina gozoso el pájaro canoro  
En la enramada umbría,  
Y de la flor que nace con el día  
Zumban en torno los insectos de oro.

La . . . de la campana

De l:

Que

Se l

Brilla

En

Bulle

Y

Escuchándose,

El

De

En

Flota

Y

A

La

Da

Y

Que,

Gira

Cual

¿A

Espectáculo

La

Con

Y

Mi

Pero

CASIMIRO PRIETO.

## EL MÉDICO DEL ALMA.

—¿Qué enfermedad vida mía,  
Va tu frente marchitando?  
¿Qué sientes?—Melancolía  
—¿Cómo te alivias?—Llorando.

--La sangre agita tus sienes,  
Estás pálida, llorosa. . . .  
No me engaño, lo que tienes  
Es una fiebre amorosa.

Y evano callas tu amor,  
Pues con lenguaje elocuente,  
Te ha delatado el pudor  
Que ruboriza tu frente.

—¿Ah, que el mal que me devora  
Ningún remedio lo calma!  
—Mil remedios atesora  
La medicina del alma!

—Me aconsejan que sonría,  
Mis lágrimas enjugando;  
Yo no puedo. . . .—No alma mía,  
Sigue llorando, llorando.

Las campiñas se coloran  
Cuando agua llevan los rios;  
Corazones que no lloran  
Son corazones vacíos.

Llora, sí, lejos del ruido  
De la alegre sociedad;  
Pues al corazón herido. . . .  
Lágrimas y soledad.

Y cesarán tus congojas;  
Pues todo, niña, se alcanza,  
Si conseguimos las hojas  
De la flor de la esperanza.

Esa es una flor que crece  
Oculta en el corazón,  
Y que vive y reverdece  
Al soplo de la ilusión.

Mas si el afán te devora,  
Sigue llorando, bien mio,  
Que el corazón que no llora,  
Es un corazón vacío.

J. V. ZEQUEIRA

## CRONICA.

“El General Barrios” de Guate-  
mala, comenzará á publicarse el 1º de  
Enero semanalmente, y tratará de políti-  
ca, ciencias, literatura y noticias tanto  
del país como del exterior y de todo  
aquello que sea de utilidad para Centro-  
América. Hemos visto el prospecto de

ese periódico, suscritos por Fernando Cruz, Valeriano A. Urrutia y Francisco L. y en vista de él, juzgamos que el semanario será muy digno de la prensa guatemalteca. Deseamos que el colega tenga una vida tan próspera como la merece, y desde ahora le enviamos nuestro saludo, haciendo votos porque *El General Barrios* y *La República* sean buenos amigos como lo deseamos nosotros.

**Baile.**— Los principales empleados del Gobierno, darán uno la noche del 31 de este mes en el Teatro Nacional. A juzgar por los preparativos que se hacen, no creemos aventurar nada al asegurar que será espléndido y que dejará muy agradables y duraderos recuerdos.

**Cable submarino.**— La compañía ha resuelto poner su tarifa en moneda corriente del Salvador; los interesados se entenderán con el Banco Internacional, que recibirá el pago de los *cablegramas* y enviará quincenalmente lo que recaude á New-York.

Esta medida facilitará mucho la manera de cubrir el valor de los partes que se transmiten por el cable, y nosotros nos alegramos de ella.

**Algunos amigos** nos han preguntado si el diputado por Tejutla don Miguel P. Peña, que está en la lista publicada en el número anterior de *La República*, es el joven poeta de ese nombre, es decir, el autor de *Otello* y de la poesía *Desgraciada!* Nosotros observamos que, por equivocación del que copió esa lista de un telegrama que la contenía, se ha confundido al joven Peña con el señor don Miguel, padre suyo, poniendo al nombre una P de más, que nuestros lectores tendrán la bondad de llamar H.

**Un colaborador** nuestro nos ha enviado de Santa Tecla para *La República* el siguiente articulito:—

*Un adelanto en Quezaltenango.*— Con gusto hemos visto hace pocos días, en un cuaderno impreso, el programa de los exámenes celebrados en noviembre último en el Colegio de Señoritas que, con el título "La enseñanza", dirige en la ciudad de Quezaltenango la acreditada profesora doña Concepción Saravia de Ziri6n.

A juzgar por el programa dicho, ese plantel, apenas nacido hace poco, se desarrolla de un modo extraordinario, para alcanzar en breve la robustez de existencia que le corresponde, no sólo por su buen régimen, no sólo por el personal de maestras y maestros de que dispone, sino también, muy señaladamente, por la inteligencia y merecida reputación de la directora señora Saravia.

Nos gusta consignar los adelantos que en Centro-América se alcanzan en este como en cualquiera otro ramo: estos países deben al fin ocupar un puesto importante entre los demás del nuevo mundo, para que, orgullosos de su avance en lo moral y en lo material, sepan conservar las ideas fecundas como un sagrado depósito y mostrarse siempre amigos de la paz y del orden, ceñidas sus sienes con la envidiable corona de la unión y el progreso.

Decidámonos á no suspender la cam-

pañña que hemos emprendido contra la ignorancia, seguros de que esa cruzada pacífica, aunque cueste dinero, será altamente provechosa á los públicos intereses.

Nos ocurren estas ligeras reflexiones al mencionar el Colegio de Quezaltenango, al que deseamos dilatada vida y prosperidad sin límites."

**Don Joaquín Rigalt**, distinguido pintor y corresponsal de la *Ilustración española y americana* de Madrid, se encuentra entre nosotros, y nos es grato saludarle cumplidamente deseándole agradable permanencia en esta capital.

**Ayer** se celebró en esta capital el matrimonio del señor don Juan Uriarte con la señorita M. Albergue. Deseamos muchas felicidades á los desposados.

**Santa Tecla.**— Bastante animadas han estado las fiestas de aquella población. En la noche del 25, tuvo efecto un espléndido baile con que obsequiaron al señor Presidente doctor Zaldivar y á su señora esposa, el señor don J. Mauricio Duke y su señora doña Luz Carazo de Duke, quienes hicieron los honores de su casa con la amabilidad y buenas maneras que acostumbra.

El mismo día 25, por la mañana, el señor Presidente de la República inauguró la Biblioteca Popular y Escuela Nocturna de Artesanos, que han fundado allá algunos patriotas y que prometen mucho en favor del progreso intelectual de la vecina ciudad. Con el objeto de ayudar á aquellas dos instituciones, puestas bajo sus auspicios, el jefe de la nación les obsequió, por ahora, mil pesos, la mitad por parte del Gobierno y la otra por su propia cuenta. No dudamos que llenarán cumplidamente su destino, y felicitamos desde luego á los fundadores de aquellos dos útiles establecimientos de instrucción.

## ANUNCIOS.

### BERNAL DIAZ DEL CASTILLO.

Historia de la Conquista de Méjico y del reino de Guafemala por Bernal Diaz del Castillo, editada por Francisco Lainfiesta y Valero Pujol.

La obra constará de cuatro volúmenes en cuarto mayor é irá precedida de un prólogo escrito por Pujol, acerca del espíritu del renacimiento y de las grandes empresas del siglo XV.

Se publicará por entregas de treinta y dos páginas, á dos reales entrega, repartiéndose dos semanales. No se altera el precio para los suscritores de fuera de la República.

Para obligarse á la suscripción basta un aviso por escrito al Director de la imprenta de "El Progreso."

Los periódicos de Centro-América que reproduzcan diez veces este anuncio, recibirán un ejemplar lujosamente empastado.

## DOS DE ENERO PROXIMO!!

APARECERÁ EL

## "Diario del Comercio,"

Cuya lectura será útil para los Comerciantes, Agricultores y Artesanos.

De gran interés para los Abogados, Médicos,

y Hombres de letras, Y sumamente indispensable para las familias.

Contendrá noticias del interior y extranjeras, revistas comerciales, estudios agrícolas é industriales, artículos científicos, literarios y sobre modas—anécdotas, poesías &, &, & &.

LOS NÚMEROS DE LOS DOMINGOS SERÁN EXCLUSIVAMENTE RECREATIVOS.

## TARIFA DE PRECIOS.

**Suscripción**—\$ 1.00 al mes.

**Anuncios**—Una pulgada (en columna), 20 cts. por cada vez, haciéndose rebajas convencionales en los abonos de mas de 10 veces.

**Una columna** de 21 ½ x 2 ¾ pulgadas, \$ 30 al mes. (Abonos de mas de 6 meses.)

**Los clichés** se insertarán con un 3% de rebaja sobre el precio de las pulgadas que ocupen.

**Remitidos**—En lecturita, 3 centavos línea.

**En lectura**, 2 centavos línea.

Se reciben suscripciones y anuncios en la Imprenta "La Concordia"—Calle del Calvario—en la "Farmacia Sucursal" de M. Palomo y C<sup>ía</sup>, calle de La Unión y en el Gran Hotel.

El Administrador don Pedro Ortiz está facultado por la Empresa para celebrar toda clase de convenios respecto á anuncios.

La Administración del

## "Diario del Comercio,"

suplica á los señores Agentes, se sirvan, cuanto antes, indicar el número preciso de ejemplares que deba remitirseles.